

LA FERTULIA.

Suplemento al Nacional, de literatura y de artes.

10 CTS.

DOMINGO 21 DE MARZO DE 1852.

Fajas benditas.

De un artículo que publica el *Católico*, periódico de Madrid, sobre el origen y la entrega de las fajas benditas, tomamos las siguientes noticias:

«La costumbre de bendecir y regalar los Papas una envoltura ó canastilla, á que con locucion italiana es ya cosa recibida en España llamar fajas benditas, es una costumbre de muy poca antigüedad. Se cree que no pasa del pontificado de Clemente VIII. Las primeras de que se halla mencion fueron las que envió este Papa en 1601 para el delfin de Francia, hijo de Enrique IV, y que años adelante fué rey con el nombre de Luis XIII. Despues han solido enviarse con frecuencia, no precisamente á los recién nacidos de monarcas católicos, sino á los presuntos herederos de la corona, aunque sus padres no fueren todavía reyes, y bastante tiempo despues de su nacimiento. A los príncipes de Austria, Francia, España y Portugal es á los que han hecho por lo regular los sumos pontífices este obsequio, á petición de los respectivos soberanos, como del caso actual ha asegurado el *Diario* oficial de Roma espresamente.

Omitiendo otros muchos casos, se halla que en 1750 se enviaron fajas benditas al delfin, hijo de Luis XV, que murió antes que su padre. En 1783 las regaló Pio VI al hijo de Luis XVI, el delfin que estuvo en el Temple, y cuyo triste fin es muy sabido. Pio VI las envió al infante de Portugal don Antonio Francisco de Paula, príncipe de Beira, primogénito de don Juan, príncipe del Brasil, y de la infanta de España Carlota Joaquina,

hermana del señor don Fernando VII, y que tampoco llegó á reinar, habiendo fallecido á la edad de seis años. En la familia real de España se recibieron dos veces fajas benditas en el último tercio del pasado siglo. Nacido en 1771 el primogénito del príncipe de Asturias (posteriormente Carlos IV) que recibió el título de El Infante á secas y por antonomasia, y se llamó Carlos Clemente, porque fué ahijado del P. Clemente XIV; este pontífice, ávido de ocasiones en que obsequiar al rey de España, que era el que estaba á la cabeza de la liga que formaban los soberanos de la casa de Borbon, cuyas pretensiones inquietaban tanto á la Santa Sede, despues de anunciar pomposamente al sacro colegio el nacimiento del infante, le envió las fajas benditas en 1775. Pero Carlos Clemente no estaba destinado á heredar á sus abuelos.

En 1783 envió Pio VI otras fajas al hijo segundo del mismo príncipe, el infante Carlos Eusebio, que falleció despues de recibirlas.

Las fajas suelen ser de lo mas rico y bien trabajado. Ya se ha publicado de qué piezas de ropa constan las que ahora se han recibido. Las que vinieron el año de 1775 eran diez y ocho. Como para la eleccion de las telas y labores se necesita recurrir al buen gusto é inteligencia de las mugeres, los Papas lo han solido encomendar á señoras de la primera nobleza romana. Clemente XIV dió este encargo á la princesa Giustiniani y Pio VI á la señora doña Constanza Facuniari, esposa del duque de Braschi Ohesti, sobrino del mismo Pontífice. No se ha dicho quien ha corrido esta vez con tal encargo. Los encargos han solido ser siempre pedidos espresamente á Bruselas.

Hecha y acabada la envoltura, los Papas bendicen las fajas, unas veces en alguna iglesia, como hizo Pio VI en la de Santa María *Supra Minervam* con las que envió al infante de Portugal, otras en la sala del consistorio de cualquiera de los palacios en que acaece residir. Su Santidad, levantándose al efecto el correspondiente altar, con cruz, seis candeleros y un cuadro de Nuestra Señora, como lo hizo Pio VI en la sala del consistorio del palacio del Vaticano el 26 de noviembre de 1782, con las que envió al Delfin y al infante Carlos Eusebio; y finalmente, otras en el oratorio del Papa, que es como ahora se ha verificado.

Ya benditas, quedaban hasta que se enviase espuestas en alguna pieza del palacio pontificio para satisfacer la curiosidad de los que acudian á verlas. Segun los documentos contemporáneos, las que vinieron para el primogénito de Carlos IV, estuvieron espuestas á fines de agosto de 1772 en el gabinete de Su Santidad, y en el guarda-ropa á principios de diciembre de 1785 las que vinieron para el hijo segundo del mismo soberano. Es probable que ahora haya sucedido lo mismo.

Hasta estos últimos tiempos enviaban los Papas por lo regular para conducir y presentar las fajas un nuncio extraordinario. Tan honroso encargo no era para perjudicar en su carrera á los que lo obtenian. Monseñor Maffeo Barberini, que siendo clérigo de cámara de Clemente VIII, llevó las fajas al Delfin que fué despues Luis XIII, volvió otra vez á Francia como nuncio ordinario, y creado cardenal á los pocos años, llegó á ser Papa con el nombre de Urbano VIII: monseñor Federico Lante de la Rovere, que llevó á Paris las destinadas al Delfin, padre de Luis XVI, aunque á vuelta de mas años recibió tambien el capelo cardenalicio de mano del Papa Benedicto XIV. El honor de conducir las fajas merecia codiciarse. Desde luego proporcionaba á un prelado, las mas veces jóven, el placer de un viaje regalado. La nunciatura extraordinaria, con un objeto de tal naturaleza reunia atenciones y obsequios sin mezcla alguna de compromiso.

Los agraciados con ella podian fácilmente recoger mercedes del soberano á quien eran enviados, y dando á conocer cualidades gratas á las coronas, captarse, ya que no la

amistad personal, la benevolencia de los mismos y contar con su proteccion, útil siempre, poderosísima cuando era la de algun monarca á quien las circunstancias hacian que desease Roma tenerlo complacido.

Posteriormente, las fajas benditas, en vez de un nuncio extraordinario, han venido acompañadas de un Breve del Pontífice nombrando al nuncio ordinario residente en la córte á donde iban nuncio extraordinario para hacer la ceremonia de su presentacion y entrega.

Asi las regaló Pio VI para el infante Carlos Eusebio, segundo hijo de Carlos IV, vinieron dirigidas á Monseñor Nicolás Colonna de Stigliano, que á la sazón llevaba ya cinco años de nunciatura en Madrid.

Las que bendijo Pio VI al mismo tiempo y regaló para el desgraciado delfin, hijo de Luis XVI, fueron remitidas á monseñor Doria, que aun continuaba de nuncio en Paris; y las que algunos años despues destino para el infante de Portugal, nieto de Carlos IV, fueron entregadas por monseñor Pacca, nuncio ordinario que era entonces en Lisboa, y dignísimo cardenal despues de la santa iglesia romana.

Esto mismo acaba de hacerse ahora y es en todos conceptos preferible.

Cuando traia las fajas un nuncio extraordinario, era recibido en audiencia privada por el rey y por los individuos de la real familia luego de su llegada, como lo fué Doria en 22 de diciembre de 1772; pero la entrada pública en la córte se diferia para algunos pocos dias antes del destinado á la solemne presentacion de las fajas. La entrada pública de Monseñor Doria se hizo el 10 de abril de 1775. El introductor de embajadores, marqués de Oviedo, salió en un coche de la casa real á encontrarle, adelantándose hasta la venta del Espíritu Santo, desde donde le trajo á la casa que para aquellos dias le estaba prevenida de orden del rey en la calle de Don Pedro, y en la que continuó hasta la noche siguiente á la entrada de las fajas, servido por los oficios de la real casa, y obsequiado por los grandes, los embajadores y ministros extranjeros, y de la nobleza conducida por el mayordomo mayor de S. M., que era entonces el marqués de Montealegre. Como la entrega de las fajas que vinieron para el hijo segundo de Carlos IV se efectuó el 5 de dicien-

bre de 1783, hallándose la corte en el real sitio del Pardo, el rey hizo prevenir el hospedaje para el nuncio monseñor Colonna en el convento de Capuchinos, donde tuvo suntuoso alojamiento.

La recepcion en 1773 y 1783 fué con poca diferencia como la de ahora. Los discursos que ambos nuncios hicieron entonces á las ayas de las infantas fueron en latin. Es, pues, probable que fuese en el mismo idioma el que dirigieron á Carlos III. No se dice que contestase el rey en forma.

Las ayas respondieron en castellano. Tampoco se menciona que los nuncios pronunciasen oracion ninguna al poner la faja á los infantes.

En 1773 y 1783, despues de volver á su casa los nuncios de la presentacion de las fajas, concurrieron á ella los grandes, embajadores y ministros estrangeros.»

Antigüedades cristianas.

Segun escriben de Roma, acaba de crear el Papa una comision permanente encargada de reunir y conservar todas las antigüedades cristianas que se hallon. Su Santidad la ha compuesto del modo siguiente: presidente nato, el cardinal-vicario; miembros, monseñor Tippani, profesor en la Universidad de Roma; monseñor Masin, director de la biblioteca del Vaticano; Mr. Minardi, pintor, y el padre Marchi, de la compañía de Jesus, uno de los mas ilustrados arqueólogos de Italia; secretario, el caballero de Rossi. Esta comision ha resuelto en primer lugar hacer sacar copias de los frescos mas notables que hay en las catacumbas de Roma, cuyas pinturas se ven ya amenazadas de la humedad; publicar un periódico semanal para dar cuenta detallada de los trabajos de la comision, y tener al público al corriente de cuanto haga relacion con la arqueologia cristiana.

Tambien ha propuesto la comision al soberano Pontifice que se establezca en Roma un museo de antigüedades cristianas, y que se permita la entrada al público todos los domingos por espacio de dos horas en las célebres catacumbas de San-Calisto y Santa-Ignacia, donde no se ha penetrado hasta ahora sino con autorizacion del gobierno. Su Santidad ha aprobado ambos proyectos.

Teatro del Balon.

Por dias va ganando este teatro en todos conceptos. Los actores parece que han crecido al lado del señor Valero. Tan cierto es que una buena direccion hace de los medianos buenos cómicos, y de los malos medianos.

Una prueba de ello ha sido el desempeño de la nueva comedia *Adriana*, por la compañía del Balon. Francamente lo decimos, no nos aguardábamos la buena ejecucion de este drama de grandes dificultades para un actor; dificultades que tienen la mayor parte de todos los de Scribo, pues los caracteres perfectamente sostenidos de los personajes que representan, exigen por parte del actor talentos nada comunes para saberlos interpretar con fidelidad.

Pero cuando una compañía tiene un director de gran maestria é inteligencia, sucede que á los actores todos esplica el modo de comprender y decir los pasages difíciles, la manera de declamar, la accion, en suma, no les perdona hasta ninguno de aquellos accidentes que asimismo contribuyen al buen desempeño de la comedia. Ademas, un artista cuya gran superioridad reconocen todos sus compañeros, es obedecido en todas sus órdenes, y de esta obediencia y subordinacion re-

sulta gran unidad, por decirlo así, en la ejecución y en el modo de interpretar los pensamientos del autor; unidad que tanto se echa de menos cuando las compañías están dirigidas por actores que apenas sobresalen de sus compañeros, y que no ejercen sobre ellos aquel poder moral concedido al gran talento, poder que los subordina y los regimenta, no permitiéndoles á cada cual interpretar á su modo los pensamientos del poeta.

La *Adriana*, drama nuevo, puesto en escena en este teatro á beneficio de la apreciable actriz la señora Leon, obtuvo la semana pasada felicísimo éxito, tanto por el indisputable mérito que encierra, como por su buena ejecución por parte de casi todos los actores.

Este drama con sobrado motivo ha llamado la atención en la corte. Como en casi todos los del célebre autor de la *Calumnia* y de *El vaso de agua*, la acción camina con naturalidad, y no obstante lo complicado del argumento, cuyo interés va siempre creciendo, anuda el autor los hechos de tal suerte y con tal claridad, que el espectador lo comprende todo con facilidad, sin fatigarse excesivamente la atención.

Lo bien dibujado que están los caracteres constituye gran parte del mérito de este drama, siendo de notar el del químico, que nada deja que desear. Los cuatro actos primeros nos han llenado completamente; novedad, interés, escenas altamente cómicas, situaciones verdaderamente dramáticas, señaladamente la última del cuarto acto, todo lo que puede contribuir a tener embebido al auditorio, se encuentra en estos cuatro actos, pero en nuestro concepto no corresponde á ellos el quinto.

Encontramos demasiado esperado el desenlace, y si esto puede ser un argumento á

favor de su verosimilitud, lo es también en contra de su originalidad. Desde que la muger del químico había guardado la caja de los polvos venenosos, de cuyo análisis estaba encargado el marido, y desde el momento en que empezaban los celos á devorar á esta muger, todos se esperaban que emplearía aquellos en asesinar á Adriana, rival que le había robado el cariño de Mauricio, con quien había estado largo tiempo en estrechas relaciones.

En cuanto á la ejecución repetimos lo que decimos al principio, que no la aguardábamos tan buena y tan igual. Demas es hablar del señor Valero, para quien era, por decirlo así, un juguete el desempeño del papel de Rigadet, que caracterizó de un modo admirable, arrancaudo, como es natural, miles y miles de aplausos de un público justo apreciador de su indisputable talento.

La señora Leon, que se posee siempre del papel que representa, y cuya alma sensible hace conmover al auditorio, ejecutó perfectamente el de Adriana, distinguiéndose en la escena altamente dramática del cuarto acto, en que á petición de su rival y delante de su amante finge representar una relación que encierra grandes alusiones á aquellos dos personajes. A la conclusión de esta escena los espectadores prorrumplieron en grandes aplausos, justa recompensa del mérito y laboriosidad de esta simpática artista.

No menos feliz estuvo en las últimas y terribles escenas del último acto, terminado el cual fueron llamados á la escena esta actriz y el señor Valero, á quienes el público volvió á aplaudir con entusiasmo.

La señorita Adela Alvarez, dama jóven, á quien no habíamos tenido el gusto de oír antes de ahora, ejecutó su difícil papel de la princesa de una manera que no nos esperábamos

de una jóven que comienza su carrera y que trabaja en un teatro de segundo orden. Finos modales, naturalidad y agradable voz, son dotes que posee esta jóven, y que no son muy comunes por cierto. A esto se agrega el buen decir, la soltura y diversa entonacion, si bien hija de los consejos de un director entendido, que no por eso dejan de revelar inteligencia por parte de la artista que sabe comprender y ejecutar cuanto le dicen.

Tambien el señor Ortiz va haciendo grandes adelantos: jóven de buena educacion y delicados modales, es oido siempre con gusto, y lo fué mas ejecutando el papol de Mauricio. Le aconsejamos procure estudiar mejor sus papeles, pues cuando se está pendiente del apuntador, es de todo punto imposible dominar el que se representa.

Los demas actores no dejaron de contribuir al buen éxito del drama, especialmente el señor Moreno, que comprendió bien el del químico, muy en su cuerda.

De un periódico de Madrid copiamos lo siguiente :

«Ayer tuvimos el gusto de ver y examinar muy despacio un magnifico cuadro que acaba de pintar para S. M. la Reina el acreditado artista don Genaro Villaamil. Representa el interior de la catedral de Toledo en el momento de cantarse la misa en el magnifico altar mayor. Imposible seria dar una idea de este cuadro, lleno de interesantísimos pormenores, á los que no le hayan visto, y por consiguiente no intentaremos hacer una descripcion de él. Baste decir que la inteligencia con que está manejado el claro oscuro, la valentia con que están tocados los infinitos pormenores y la entonacion del colorido forman un conjunto digno del pincel de ese célebre artista. Pero lo que mas llama la atencion entre las numerosas bellezas de este cua-

dro es el sol que penetra por las ventanas superiores y que baña todo el interior del edificio. Lo diáfano de los rayos del sol, la verdad con que están tocados, hasta el punto de hacerse uno la ilusion que los vé vibrar, dan al cuadro una animacion que es el verdadero sello que imprime á todas sus obras el genio.

Deseariamos que antes que este hermoso cuadro pase á poder de S. M. se espusiese al público para que todos pudiesen admirar su mérito. De todas maneras la amabilidad, de que somos testigos agradecidos, con que el señor Villaamil hace los honores de su estudio, lleno de obras de gran mérito, abre la puerta á todos los hombres inteligentes y de buen gusto que aspiren á gozar el buen rato que nosotros disfrutamos ayer.»

Teatro Principal.

Lastima que la compañía francesa que acaba de dar dos funciones en este coliseo, y que partió inmediatamente para Lisboa, no hubiera llegado á Cádiz en otra época que en cuaresma, pues sabido es que en este tiempo no está muy concurrido el teatro por las personas que por su posicion social y educacion entienden la lengua de Racine y de Moliere.

El mérito de esta compañía no consiste, como sucede generalmente en las mejores nuestras, en que haya dos ó tres actores de gran valía, sino en la igualdad de todas las partes que la constituyen, no existiendo ninguno que pueda llamarse malo, cosa que nunca hemos visto en nuestros teatros. El mal está en que se figuran los empresarios que con tres ó cuatro partes principales buenas están satisfechos los deseos del público, sin hacerse cargo que cuando las subalternas son muy malas es imposible el buen éxito de una comedia, pues bastan aquellas para destruir gran parte del efecto, no sabiendo caracterizar sus papeles.

En la compañía francesa admirábamos este buen conjunto, que constituye la armonia. Cada uno ocupa perfectamente su puesto: todos saben caracterizar sus papeles, produciendo

do de este modo en el espectador una ilusión tal, que se olvida hallarse en el teatro.

Mr. Dargis es el que entre todos se distingue, sin embargo que todos son bastante buenos: este actor ejecuta con tal maestría los papeles de diverso carácter, que parecía en cada vaudeville un actor diferente: tal y tan grande era la propiedad con que los representaba.

Toda la compañía recibió, durante las dos noches, grandes aplausos, y la mayor parte de los actores el honor de ser llamados á la escena.

Pero hablemos de la compañía española que hoy trabaja en este coliseo.

Casi todos los actores y actrices que la componen son conocidos del público que concurre al Principal. El señor Rodés agradó bastante la vez pasada que, en compañía del señor Capo, trabajó en esta ciudad. Y sin embargo hemos notado que ahora no agrada mucho: ¿consiste esta variación en el público ó en el actor? Nosotros creemos que en uno y otro. En el público porque esperaba y deseaba ahora que se halla en Cádiz el Sr. Valero diera, á lo menos, algunas funciones, y al ver frustradas sus esperanzas, su disgusto viene á aumentar los defectos del pobre actor. En este, porque ó ha perdido algo la voz ó la baja tanto, que apenas la oyen los espectadores, sobre todo si se hallan algo lejos del proscenio. Esto le hace parecer en la escena algo frío, y á la verdad que es lástima en un actor que suele decir bien, y que no carece de inteligencia artística. Procure enmendarse en esto y ganará mucho.

Otro defecto de que desearíamos se corrigiese, cosa fácil de conseguir, es el de cargar tanto la mano en el blanquillo, lo cual lejos de hermosearle le afea; y este defecto es tanto mas imperdonable en el señor Rodés cuanto que tiene naturalmente buen color y no ha menester de estos aceites, sino en los casos que tuviera que representar una persona enfermiza.

¿Le sentaba acaso bien ese color blanquizco representando un capitán de caballería en *Cada cosa á su tiempo*? No era mas natural por el contrario que saliese con un color tostado, propio del que ha llevado una vida militar, y cuyo rostro ha estado espuesto al sol, al viento y sufrido todos los rigores del tiem-

po? Por lo demas si no representara en tan baja voz y le pudiéramos siempre comprender, se le oiria con gusto, pues las veces que se consigue oirlo nos agrada, y no deja de mostrar buena inteligencia del papel que representa.

En *Bandera negra* estuvo algo mas feliz, si bien nos pareció algo frío, aunque nunca tanto como lo estuvo hace tiempo el señor Lozano en el desempeño del mismo papel. Se nos figura que el defecto principal del señor Rodés nace de querer manifestar gran naturalidad, naturalidad que llevada al exceso deja de serlo, pues se descubre ya el arte.

En la pieza *Otra noche toledana* estuvo bastante bien, y pareció mejor por lo mismo que no llevaba blanquillo en el rostro.

El señor Capo ha poco tiempo que falta de Cádiz, y así no encontramos diferencia alguna. Es un actor de indisputable mérito; comprende perfectamente el papel que desempeña, dice bien; pero siempre se descubre en el cómico el mismo Capo, esto es, su fisonomía y sus maneras no suelen corresponder á veces al carácter del personaje que representa. Siempre es oído con gusto y es el actor que alcanza mas aplauso.

El señor Lozano tambien es conocido del público gaditano. Los galanes jóvenes son bastante endebles.

Las damas, como dijo muy bien *El Nacional*, valen por lo general mas que los actores. La señora Fenoquio es una actriz que domina las tablas y dice con bastante inteligencia. Comprende y ejecuta con propiedad los papeles cómicos, en cuyo género es una actriz de verdadero mérito.

El público la ha aplaudido siempre en todas las noches que ha representado, excepto en la *Bandera negra*; porque no vale en nuestro concepto en lo dramático tanto como en lo cómico. En esta parte la juzgamos superior á la señora Toral, pues no adolece del defecto de la monotonía y el tono plañidero que se advierte en esta última actriz. Pero en cambio daremos á la señora Toral la preferencia á la Fenoquio en el género dramático, y sobre todo en la ejecución de los papeles sentimentales.

La característica es bastante inferior á la señora Cruz; pero es tolerable.

De la señora Buzon y Montesinos hemos

hablado en muchas ocasiones, y no creemos hayan variado en el poco tiempo que hace los vimos trabajar en Cádiz.

El lector habrá notado que hemos hablado de los cómicos y no de las comedias; pero es porque ninguna nueva ha puesto en escena esta compañía en toda la semana, si se exceptúa la zarzuela del señor Peralt, titulada *Palo de ciego*, algo narcótica, sin chistes y muy larga por añadidura. La parte música es tomada de varias óperas conocidas, parodiándolas á veces con alguna oportunidad. En esta zarzuela se presentó por primera vez la señorita Valverde, que cantó como no se canta generalmente en las zarzuelas. Bien pudiera pasar por una comprimaria en una compañía lírica. Una graciosa aria fué cantada por esta actriz con gusto y afinación, y aun con alguna ejecución. El público la aplaudió como era justo; pero no aplaudió la zarzuela.

Nos consta de una manera indudable que el señor ministro de la gobernacion ha acogido perfectamente la solicitud que el señor Valero tiene hecha, ofreciendo dar una función dramática en cada uno de los teatros principales de España, destinando sus productos al establecimiento del Hospital de la Princesa. El gobierno está dispuesto á dar á este eminente actor toda la protección que quepa dentro de sus facultades, recomendándolo á las autoridades de provincia, á fin de que remuevan las dificultades que pudiesen ocurrir para el logro del filantrópico proyecto del señor Valero.

Nosotros creemos que no habrá monester á este actor hacer uso de la protección que el gobierno le dispensa, pues es de esperar que las empresas de los teatros léjos de oponerse á la realización del grande y benéfico pensamiento del señor Valero, le facilitarán los medios para su logro, en lo cual á ellas también cabrá alguna parte de la gran gloria que ha de alcanzar este superior artista, cu-

yos humanitarios y generosos sentimientos están al nivel de su elevado talento.

Segun tenemos entendido parece que la empresa de algunos teatros, entre ellas la de Granada, en cuanto han tenido noticia de la oferta del señor Valero, le han brindado espontánea y gustosamente con el teatro, poniendo á su disposición la compañía que en él trabaja.

No será la última, por cierto, la empresa del Principal de Cádiz, á cuyo frente se hallan apreciables actores deseosos de coadyuvar al pensamiento de un compañero á quien admiran y respetan.

Miscelánea.

TODO LO PUEDE EL AMOR.—En medio de la alegría del pasado carnaval, no han faltado lágrimas en una de las principales casas de Madrid, y de todo ha sido causa el amor, que nada respeta y que invade con la misma facilidad la choza del campesino y los régios alcázares. Vamos á dar cuenta á nuestros lectores de una aventura bastante novelesca, que todavía no ha tocado á su desenlace.

No hace muchos meses fué admitido en clase de lacayo, en una casa muy respetable, un joven de aspecto bastante fino. Desde el primer día llamaron la atención del jefe de la familia sus modales y la elegancia con que sabía llevar la librea: la esposa también le miraba con curiosidad, y el matrimonio estaba cada día mas admirado del joven sirviente. Tienen dos hijas, y una de ellas, de temperamento bastante nervioso, miraba al lacayo con cierto interés, y su ardiente imaginación le hacía ver en él una novela. El lacayo por su parte no se descuidaba, y á hurtadillas solía dirigirla tiernas miradas. La niña empezó á perder el apetito; su mirada era lánguida, y su color sonrosado fué desapareciendo poco á poco. ¡Estaba enamorada! El joven lacayo, temiendo una derrota, no se atrevía á declararse, y aprovechando el carnaval, es-

cribió un billete anónimo á su señorita concebido en estos términos:

«Hay un hombre en el mundo que no se atreve á declararla á usted su pasión. Si puede usted conseguir que su padre la lleve al Tercero Real, tal vez con la máscara se atreva á manifestar lo que siente su corazón.»

La niña recibió la carta, y habló á su padre hasta conseguir que le llevase á las máscaras.

El joven lacayo tan pronto como bajaron sus señores, se puso un dominó, entró en el salon, y aproximándose á su señorita hizo su declaracion; y ésta, conociendo la voz del hombre á quien en secreto amaba, le dió oídos, y por último, un sí lleno de fuego.

Llegó la hora de retirarse: el lacayo tuvo buen cuidado de colocarse á la salida; abrió la portezuela y se dirigieron á casa. La niña manifestaba al día siguiente mas animacion en su rostro, pero procuraba no dirigir al lacayo ninguna de las miradas furtivas de los dias anteriores. Consiguió de su padre que la llevase por segunda vez el martes de Carnaval al Teatro Real, y volvió el lacayo á repetir la misma operacion del baile anterior. Como la concurrencia era tan numerosa, la niña se separó de sus padres, y estos no volvieron á verla. La esperaron y la buscaron hasta que no quedó nadie en el salon, y se retiraron á casa desconsolados. Aquel mismo dia, y á las diez de la mañana, recibieron dos billetes: uno de la niña, en que les pedia perdon y les suplicaba le dieran permiso para eulazarse con el joven lacayo; otro del lacayo, en que les hablaba de su esclarecido linaje; manifestando, por último, que era un joven catalan que habia emigrado por causas políticas, y que despues de haber vuelto á España no tenia mas recursos que ponerse á servir.

Figúrense nuestros lectores lo desconsolados que se hallarán los padres: no se atreven á tomar ninguna resolucion.

Para ocultar los papás tan terrible aventura, siempre que las visitas preguntan estos dias por la niña, contestan que está mala.

Entretanto la niña no parece, y sabe Dios lo que habrá sucedido.

NUMERO FATAL.—Se nos ha contado la historia de un sugeto, que por lo rara y particular merece ponerse en conocimiento de nuestros lectores. El tal era siete-mesino, y hasta los 7 dias de haber nacido no fué bautizado; á los 7 meses estuvo 7 dias á la muerte de resultas de haber tenido 7 amas, y cuando contaba 7 años habia pasado 7 enfermedades de peligro. Despues sucesivamente ha estudiado 7 años de jurisprudencia; ha tenido 7 amores y ha sufrido mas de 7 reveses en los 7 dias de la semana. Hoy día cuenta con un destino que lo produce 7,000 reales, y de ahí no pasa, aunque 7 veces haya visto al ministro de su ramo. Se le ha asegurado sin embargo por este que mañana 7 de marzo se le aumentarán 7 reales al sueldo que ahora goza, y nosotros esperamos que este 7 venga á coronar los demas que hemos mencionado.

MAQUINA DE COSER.—Háse inventado en Inglaterra por MM. W. y C. Mather de Salford una máquina muy sencilla para coser los sacos, hilvanar y juntar las piezas de telas antes de enviarlas al tiute, que convendria mucho se generalizase su uso.

Consiste esta maquina en un par de ruedecitas dentadas, dispuestas una sobre otra y engranando ambas. En el borde de cada una de ellas hay una canalita que las hace coincidir una con otra, formando la cavidad propia para contener la punta de una aguja. Colocanse las telas que han de coserse entre las ruedas dentadas, y haciéndolas girar en seguida, sujetan la tela y la llevan á la punta de la aguja onhebrada. Cuando la tela atravesada de parte á parte, se halla en el centro de la aguja, se saca esta y se completa la operacion.

Puede servirse de dos agujas y hacer á la vez dos costuras.

El dia menos pensado vamos á ver á nuestras costureras dando vueltas á un torno para hacer sus labores mas delicadas, como si estuvieron hilando.

CADIZ: 1852.